

Antonio Berni

Dos momentos de una mirada

Escribir sobre Antonio Berni, a diez años de su muerte, implica recordar mi paulatina aproximación a la obra del maestro, volver a experimentar la sorpresa y el deslumbramiento de los que me ha hecho participar este artista cuya figura sigue creciendo sin desfallecimientos, no sólo como uno de los grandes paradigmas del arte argentino, sino también como uno de los grandes paradigmas del arte contemporáneo.

Recorrer los imaginarios que su obra erigió y proyectó, implica reconocer la historia de una insistencia. No obstante las profundas transformaciones que experimentó, su pintura está poderosamente marcada por constantes que hacen de esa multiplicidad un solo y elocuente relato.

Sea en su breve paso por el surrealismo, por el realismo socialista o por cualquiera de las máscaras que adquirió su obra, siempre estuvo sostenida por el mismo anhelo: hacer visible un mundo silente, la subyacencia de una realidad marcada por procesos que marginaron a grandes masas de nuestra población, verdaderos testimonios que por su sola presencia adquieren el carácter de denuncia.

Preocupado por el entorno, Berni elaboró imágenes que liberan, con verdadera maestría, nuevas perspectivas de un contexto que el artista ahondó cada vez más, para mostrar nuestra propia circunstancia argentina. De ahí que su pintura sea el registro de un singular viaje por situaciones -casi siempre públicas- a veces de lo urbano, otras de lo rural. Casi nunca sus cuadros son intimistas: tratan de una saga cuyas claves más recónditas nos remiten de continuo a acontecimientos tan concretos como los efectos de la industrialización del país, y de las transformaciones que ello produjo.

En la exposición que hoy comentamos se exhiben dos momentos de su pintura: las escenas de Santiago del Estero, obras realizadas en la década del 50, antes de la aparición de Juanito y de Ramona y algunas pinturas de su último período (1975-1981) donde el pintor dirige su poderoso foco a otros aspectos del mismo mundo.

Es fácil advertir en las escenas santiagueñas la presencia de un mundo que aparece como el mudo testimonio de una subyacencia en vías de disolución. Si por un lado, en una escena como "Almuerzo en la Chacra" se percibe algo que subsiste de un pasado más pleno, imágenes como las de "Migración", "Marcha de los cosechadores" o "Hacheros", nos instalan en un presente de personajes que miran silenciosos como objetos sometidos a una historia que padecen. Estos cuadros poseen los gestos y la quietud de lo trágico, lejos de lo dramático, que espera todavía de la trama alguna resolución.

Estas migraciones, primero internas como las de los campesinos Santiagueños que van a Tucumán en época de zafra, culminan con la migración a la gran ciudad. Así nace Juanito Laguna. Hablando metafóricamente, tal vez en estos cuadros esté el pasado de Juanito y de Ramona, quienes ni siquiera poseerán en su entorno ciudadano esa naturaleza de bosques y árboles, que por momentos parecen un juicio del artista acerca de lo maravilloso.

En sus últimos cuadros, luego de la gran creación de Juanito y Ramona, Berni parece dispuesto a erigir espejos en los que, presumiblemente, nadie quiera

reconocerse. Estas obras esgrimen gran ironía y mordacidad, para denunciar lo estereotipado y ridículo de los hábitos de cierto mundo y de ciertos sectores que aparecen esperando la foto que los inmortalice.

Si en los cuadros de Santiago del Estero el espacio es casi naturalista, en sus últimos cuadros es simbólico, plagado de insignias y objetos que tienen una precisa significación, a veces de prestigio, otras erótica, aunque siempre referida a ese mundo que nos revela el artista.

Como algunos de los grandes pintores del pasado -pienso en Brueghel- Berni constantemente pinta como sujetos plenos de humanidad a aquellos que la irracionalidad del mundo en que vivimos transformó en objetos, y pinta como objetos a aquellos que se creen sujetos soberanos.

El arte de Berni, más allá de las pobres nociones de buen o mal gusto, hunde sus raíces en nuestro propio acontecer para involucrarnos en una contemporaneidad estética que sigue abierta hacia el porvenir.

Raúl Santana, Buenos Aires, 1991.